



En Pripjat

¿Qué serán? se pregunta Ludmila, fascinada por esas esferas plateadas que danzan en el aire, como diminutas pompas de jabón.

Ha estado cosechando remolachas y tiene ya un buen manojito de ellas. Hará un sustancioso borsch, con crema fresca. Su embarazo merece una buena alimentación.

Se demora en extirpar unos hierbajos. A la sombra de las plantas, brillando con luz propia, se han acumulado esas pequeñas esferas. Recoge unas cuantas. Se las mostrará a Seriozha, cuando regrese de la Central. Él sabrá decirle qué son. Por de pronto son raras y bellas. Se verán bien en un cuenco, sobre la mesa baja.

Camino a la casa ve elevarse en el horizonte una columna de humo espeso, que borrea el perfil de la torre. Algo ocurre, piensa, quizás algo malo.

No bien llega enciende la tele. Están transmitiendo desde la Plaza Roja un tedioso desfile de escolares, con estandartes y globos. La música, entre infantil y marcial, la distrae unos instantes. Pone a hervir las remolachas. Parece una mañana entre tantas. Sin embargo no deja de inquietarla ese nubarrón que crece, ostensiblemente, a lo lejos.

Seriozha no regresaría. Pripjat pasó a ser una ciudad fantasma. Ludmila ha vuelto a su casa natal, en Kiév.

Meses después, dolores prematuros la llevan a internarse.

El obstetra, sombrío, le comunica que el bebé no ha sobrevivido. Añade que, dadas las circunstancias, es mejor que así haya sido. No se detiene en detalles. Su mirada, perdida en un punto incierto, la elude. Evita pronunciar las palabras radiación y Chernobyl. Da media vuelta y sale.

(A la poeta bielorrusa Tamara Karpenok)

Erizo

La nave orbitó el planeta marcado en la carta de navegación. Suaves colinas, praderas apacibles, parecía haber sido peinado por las manos benevolentes de algún dios. Pensaron un nombre que sustituyera la odiosa denominación X347 utilizada en la misión.

—Seda —propuso la guardiamarina Haydeé Silva al promediar la segunda vuelta—. Seda parece un nombre apropiado.

Seducido por las aterciopeladas ondulaciones, el capitán Esteban Suárez se prometía extendidas cabalgatas al sol. El timonel Desiderio Arrieta, más práctico, veía campos propicios para la cría de ganado y la implantación de maizales.

Elegida una elevación propicia, aprestaron la maniobra de descenso. En cuanto la nave tocó tierra, el planeta se encrespó en crujidos que parecían anunciar el ocaso de los tiempos. Los verdes huyeron. Todo se hizo piedra oscura.

Y la superficie se erizó de picos puntiagudos, hirientes.

—No nos quiere —dijo la guardiamarina, desolada—. Este planeta no nos quiere.

—Nos quiera o no, la misión será completada —replicó, tajante, el capitán.

El timonel guardó silencio, imaginando la mejor manera de cercenar esos brotes de piedra.

Nitroglicerina, láser, fractura hidráulica.

Habían domado ya otros planetas, tal vez más huraños.

En principio acordaron modificar el nombre. Lo llamaron Erizo.

Vida de artista

Unos veían una tolerable excentricidad en su costumbre de crear dibujos absurdos en la pantalla. Pero el capitán Ahab, que desconfiaba de esas veleidades, le había iniciado el trámite de exoneración.

Bansky se anticipó.

Sustrajo del depósito las pistolas de alta temperatura con toda la provisión de cargas y desertó, huyendo en la nave auxiliar. Pude imaginarlo desde aquel día trazando sus líneas enloquecidas en la dura piel de los planetas mediante la técnica de fusión de roca.

En el cuarto planeta se nos escabulló por un pelo. Ahora, en el tercero, los diseños parecían ser de muy reciente ejecución.

—Esta vez no escaparás, Bansky —gruñó Ahab.

Yo sabía más, pero había prometido no contarlo.

Bansky, desplegando los dibujos, me había confiado su plan.

—No creerás que me conformo con estos papeluchos. Son apenas bocetos. Haré algo grande, Ismael, lo verás. Una obra que traspasará los siglos.

—Te atraparán, Bansky.

—No, Ismael. He tomado mis recaudos.

Sobrevolábamos una planicie de piedra en la que se desplegaba el extraordinario dibujo de una especie de ave.

—Idiota —masculló Ahab—. Pagaré por esto.

Exploramos la zona volando en círculos concéntricos cada vez más amplios. Se nos presentaron lagartos, simios, humanoides y trazados carentes de sentido, pero ni sombra del artista.

—No entiendo —dijo Ahab, escudriñando los trescientos sesenta grados del horizonte.

—Los burócratas —había dicho Bansky aquella tarde— arremeten contra aquello que no entienden. Es fácil burlarlos si se adopta una lógica diferente.

Concluida aquella misión gestioné el traslado a tierra. No me hubiese gustado estar presente el día en que le echaran el guante.

Ahab insistió por años en su cacería, navegando de planeta en planeta y llegando siempre después que Bansky se hubiese esfumado dejando tras de sí otra de sus obras indelebles.

Aquel capitán loco pereció en un extraño accidente. De la vida del artista poco y nada se sabe.

Cada tanto alguna de las expediciones transmite la foto de un nuevo dibujo.



La cabeza

Que tuve suerte, a pesar de todo, dicen. El equipo de emergencias de la empresa reaccionó con celeridad. Un minuto había pasado de la explosión cuando ya la cámara criogénica arribaba al lugar. Inmediatamente lo que quedaba de mí era sumergido en nitrógeno líquido y antes de que transcurriera otro minuto alcanzaba los 196°C bajo cero.

Los doce días en espera de un donante valieron la pena. El cirujano amputó desde el cuello conectando enseguida el cuerpo sustituto, un modelo SOMA23.

Fabricado en acero cromo vanadio, dotado de una computadora principal y otra auxiliar, 1.5 HP de potencia y diseño de Sorayama Hajime, es sin duda el mejor de los producidos por la Bodytech Inc.

Aunque poseo el título que lo acredita de mi propiedad, nunca llegué a sentirlo parte de mí ser. Me relaciono con él de la manera ambigua con que lo hacía con mi bicicleta. Sé que ha soportado en vidas anteriores otras cabezas y que sobrevivirá a la defunción de la mía. Es casi inmortal, y esa condición odiosa lo hace aún más ajeno.

No meramente algo físico me ha sido amputado. Hoy comprendo que también los cuerpos piensan, algo que a este admirable artefacto tecnológico le ha sido negado.

Acotados a la estrechez del cerebro mis pensamientos son ahora fríos y distantes. Hay un hiato insalvable entre ellos y la vida. Y a medida que se desvanezca el recuerdo de mi antiguo cuerpo se irán haciendo aún más abstractos.

Presiento la muerte como un incidente trivial, asimilable al apagón de una lamparita eléctrica e imagino el entierro de mi envejecida cabeza en un ataúd diminuto, de los que se usarían para sepultar un gato o un perro pequeño.

Últimamente observo aterrado que ciertos errores en la programación del nuevo cuerpo lo llevan por sendas propias, que mi cabeza sobreviviente desconoce.

A menudo desobedece mis órdenes más elementales. Ha roto tazas y volcado ollas, descartado papeles importantes y libros, elige a su capricho la ropa, se niega a suministrarme el alimento a las horas debidas o a peinarme. Hoy desperté gritando. En sueños había cometido un crimen horrible. La primera claridad del día alumbraba sus manos de acero, todavía crispadas.